

LA DESARTICULACIÓN

Epocalidad, hegemonía
e historicidad

CONSEJO EDITORIAL

ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY (UMCE) (DIRECCIÓN)

MARY LUZ ESTUPIÑÁN SERRANO (EDICIONES MIMESIS)

PEGGY KAMUF (USC)

JACQUES LEZRA (U.C. RIVERSIDE) (DIRECCIÓN)

PAUL NORTH (U. YALE)

MARCELA RIVERA (UMCE)

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE (PUCV)

SILVIA SCHWARZBÖCK (UBA)

WILLY THAYER (UMCE) (DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN DE EDICIONES MACUL)

EQUIPO DE EDICIÓN

ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY

MARY LUZ ESTUPIÑÁN SERRANO

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE

WILLY THAYER (COORDINACIÓN EDICIONES MACUL)



ediciones macul

*programa de teoría crítica
filosofía umce*

LA DESARTICULACIÓN. EPOCALIDAD, HEGEMONÍA E HISTORICIDAD

© SERGIO VILLALOBOS-RUMINOTT

ISBN: 978-956-7062-89-8

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

Dirección de Extensión y Vinculación con el Medio: LUIS ALFREDO ESPINOZA QUINTANA

Director del Departamento de Filosofía: MAURICIO GONZÁLEZ VILLARROEL (filosofia@umce.cl)

Correctora del libro: MARLENE BEIZA LATORRE

Diseño logos Ediciones Macul: KATHARINE JOHNSON

Diagramación: ARACELLI SALINAS VARGAS

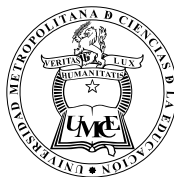
Imprenta: DIMACOFI

Santiago de Chile, 2019.

LA DESARTICULACIÓN

Epocalidad, hegemonía
e historicidad

SERGIO VILLALOBOS-RUMINOTT



Nota aclaratoria

Este libro surge de un seminario impartido en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, específicamente en el Departamento de Filosofía, durante los días 11, 12, 13, 14 y 15 de Julio del año 2017. En ese momento, como ahora, se trata de un recorrido tentativo a través del pensamiento contemporáneo concernido con la herencia heideggeriana y la destrucción de la onto-teología. Más allá del escándalo asociado con las recientes publicaciones de los *Cuadernos negros*, intentamos acá una consideración de las formas y énfasis que dicha destrucción ha adquirido en algunos pensadores contemporáneos. Sin intentar agotar el infinito archivo filosófico relativo al pensamiento post-heideggeriano, lo que justifica las diferentes sesiones de este seminario es la pregunta por el agotamiento de la relación moderna de teoría y práctica, y, por tanto, de la relación entre filosofía e historia, cuestión que se presenta a partir de la problemática de la epocalidad, de la historicidad y de la hegemonía.

Por supuesto, hay una segunda intención presente a la hora de producir un registro escrito y formalizado de lo que fue, básicamente, una serie de elaboraciones orales sobre temáticas afines. Se trata de la posibilidad de fomentar un diálogo y hacer explícitas algunas cuestiones relacionadas con la reflexión infrapolítica en las que su autor se encuentra

trabajando hace algunos años. Sin embargo, bajo ningún punto de vista intentamos presentar acá una introducción, mucho menos, una formalización de la infrapolítica y su propuesta post-hegemónica, simplemente apelamos a algunos temas propios del trabajo infrapolítico para pensar el estatuto de la desarticulación como noción pertinente en la actualidad. A esto se debe el carácter tentativo, más que normativo, de las diversas hipótesis y sugerencias que constituyen el recorrido de las siguientes sesiones. En ellas no se intenta agotar el potencial de ningún autor o tradición, sino habitar en dicho potencial para pensar lo que llamamos la desarticulación entendida como puesta en crisis de las formas naturalizadas de pensar la historia, la política y el sentido.

Esta pequeña nota aclaratoria no estaría completa si no reconociera la generosidad de quienes me han acompañado en estos años, empezando por los miembros del *Colectivo Deconstrucción Infrapolítica*, en especial Alberto Moreiras, Jaime Rodríguez Matos y Gerardo Muñoz. De la misma manera, a los participantes del seminario cuyas intervenciones fueron cruciales, entre ellos Rodrigo Karmy, Carlos Casanova, Luna Follegati, Elizabeth Collingwood-Selby, Gonzalo Díaz Letelier, Luciano Allende Pinto, entre muchos otros. Me gustaría también agradecer de manera especial a Willy Thayer por la invitación tanto a impartir el seminario, como a producir el siguiente registro escrito y a Juan Leal Ugalde quien transcribió y organizó las sesiones, facilitando el trabajo de edición final. Finalmente, a la Oficina de Investigación de la Facultad de Literaturas, Ciencias y Artes de la Universidad de Michigan por su generosa ayuda para financiar esta publicación. Por supuesto los errores y desaciertos son de mi responsabilidad.

Índice

La desarticulación

Introducción	13
Soberanías en suspenso	15
La cuestión de la catástrofe (1)	20
Devastación sacrificial	28
Mundia-latinización	37
Equivalencia y nihilismo	43
La cuestión de la catástrofe (2)	48

Hegemonía y anarquía

Introducción	53
La hipótesis represiva	58
Heidegger salvaje	61
Anarquía y hegemonía rota	67
Deconstrucción o anarquía	74
Heidegger al revés	78

Deconstrucción e historicidad

Introducción	95
La pregunta por el ser y la historia	98
Onto-política e historicidad limitada	108
Y, sin embargo...	121

Onto-política

Introducción	135
La trampa de la soberanía	139
Schmittianismo invertido y mesianismo vacío	149

La teoría de la hegemonía y sus objeciones	158
Post-hegemonías	167

Infrapolítica y post-hegemonía

Introducción	175
Post-hegemonías	181
Infrapolítica	192
Epílogo. Incitación a la vida no fascista	201

LA DESARTICULACIÓN

Introducción

Me gustaría comenzar esta sesión, que inaugura a la vez la serie de cinco encuentros que he preparado, tratando de dar una primera aproximación a la hipótesis de la “desarticulación” y al contexto de su surgimiento. En principio, la desarticulación no es una categoría disciplinaria, sino una noción descriptiva que intenta nombrar una serie de procesos de crisis, agotamiento y desactivación de la arquitectura conceptual moderna. Apunta a un *interregnum*, pero no como pasaje o transición, sino como interrupción de la lógica progresiva del relato sobre la historia. Por lo mismo, la desarticulación no promete una rearticulación, sino que intenta habitar el momento mismo de la dislocación, pues solo así sería posible desactivar la operación de subsunción de la historia en una cierta disposición lógica. Lejos entonces de intentar producir una teoría adecuada para nuestro presente, este seminario quiere pensar los efectos de esta desarticulación más allá de la noción convencional de crisis, entendida al modo de una breve interrupción o reajuste, y evitar así, normalizar y normativizar estos efectos según una subrepticia concepción del movimiento o del sentido de la historia.

Esta noción se me fue imponiendo, paulatinamente, desde comienzos de los años 1990s, cuando junto con Carlos Casanova, elaboramos una interrogación de los discursos transicionales en el país para pensar las

limitaciones de sus concepciones de la historia nacional y regional y de la modernidad (José Joaquín Brunner, Norbert Lechner, Manuel Antonio Garretón, Eugenio Tironi, etc.). Posteriormente, gracias al encuentro con una serie de problemas relativos a los estudios latinoamericanos y al emergente campo de los estudios culturales en los años 1990s, pero también gracias a las mismas transformaciones históricas de América Latina, se fue haciendo más claro el contexto en que la desarticulación se convertía en una noción apta para pensar la sintomatología de una crisis generalizada. No me refiero solo a la crisis del marxismo, al agotamiento de las experiencias revolucionarias, ni al proceso general de transición que durante dicha década alineó tanto a América Latina como a Europa del Este en un proceso transicional que Estados Unidos leyó como confirmación de su triunfo en la Guerra Fría. Me refiero también a la serie de cuestionamientos en diversos campos intelectuales que llevaron a la suspensión de los discursos disciplinarios tradicionales y a la proliferación de enfoques y marcos de comprensión con los que se intentaba dar cuenta de esta “forma inédita de facticidad” que comenzaba a manifestarse gracias al fin de la Guerra Fría, a la consiguiente globalización financiera y cultural y al flagrante predominio del neoliberalismo, sustentado en cruentos procesos de privatización y desregulación impuestos durante las décadas anteriores.

En este sentido, la noción de desarticulación se diferencia de la narrativa del progreso, pero también de la noción de revolución, en la medida en que ambas pertenecerían a lo que llamaremos “filosofía de la historia del capital”, aclarando que con esto nos referimos a un relato general y reconstructivo que justifica *ex-post facto* las derivas de los procesos históricos asociados con las formas de acumulación capitalista. En otras palabras, no intentamos presentar a la filosofía de la historia del capital como un esquema normativo y explicativo que daría cuenta del movimiento histórico a cabalidad, sino como una narrativa compleja y diversificada que le asigna a esta historia una cierta destinalidad, o si se prefiere, una cierta estructuración *arqueo-teleológica* que le da sentido

y fuerza. La desarticulación, en otras palabras, muestra el agotamiento de la serie de esquemas y marcos conceptuales con los que habitualmente pensábamos la historia y sus procesos, cuestión que lejos de ser presentada como una crisis epistemológica o valórica, será pensada como condición de posibilidad de un pensamiento que no intente restituir la relación determinativa entre teoría y práctica, entre filosofía e historia. Se trata, en última instancia, de abrirnos a la singularidad de un tiempo para el cual no son suficientes las categorías habituales que constituyen el entramado conceptual de la filosofía de la historia.

Soberanías en suspenso

En tal caso, el tema de esta primera sesión tiene que ver con la llamada suspensión de la soberanía. Para comenzar voy a realizar una primera afirmación: “la suspensión fáctica de la soberanía equivale a la configuración del nihilismo como horizonte epocal”. Lo que acá denominamos suspensión fáctica de la soberanía no se refiere a su total desplazamiento, sino a su metamorfosis según las mismas transformaciones de los procesos de acumulación contemporáneos, más allá del capitalismo clásico que estaba organizado en términos de economía y mercados nacionales. Luego, habría que destacar que dicha suspensión fáctica coincide con la configuración del nihilismo como horizonte epocal, confirmándolo. Sin embargo, como veremos, la palabra ‘época’ es secundaria o meramente auxiliar, pues sostendremos que la ‘época’ como categoría perteneciente a la filosofía de la historia queda desplazada por la misma condición planetaria del nihilismo. Entonces, entenderemos el nihilismo epocal como ‘equivalencia generalizada’ y con esto introduciremos otra cuestión clave, pues estamos aproximando tentativamente el nihilismo y la cuestión de la equivalencia, entendida

como “principio” generalizado, atendiendo por supuesto al trabajo de Jean-Luc Nancy.¹

Esta comprensión del nihilismo como equivalencia generalizada y como valoración capitalista ampliada remite, por supuesto, al paso desde la subsunción formal a la subsunción real del trabajo al capital y a lo que Marx concebía como plena articulación del modo de producción ‘propriadamente’ capitalista, que equivaldría a algo así como la puesta en práctica de la acumulación ampliada del capital en la que la acumulación opera diversificadamente, pues en todos lados se produce valor, explotación y auto-explotación. De ahí entonces que la suspensión fáctica de la soberanía se muestre como planetarización del capital, como universalización de la acumulación generalizada y descentrada, como predominio final de la subsunción real y como integración flexible de procesos de extracción de plusvalía absoluta y relativa.

En efecto, si volvemos al Marx de *El capital* por un momento, recordaremos que la plusvalía absoluta descansa en la explotación de la mano de obra gracias a la extensión de la jornada de trabajo y a la mantención del salario a niveles mínimos o socialmente necesarios para la reproducción de dicha mano de obra. Esto implica que el proceso de acumulación basado en la plusvalía absoluta, aun cuando vaya expandiendo la misma lógica de proletarización y, por consiguiente, vaya imponiendo las relaciones propiadamente capitalistas entre propietarios y trabajadores, todavía puede basar gran parte de su operación en la superexplotación de poblaciones no plenamente incorporadas a las relaciones capitalistas de producción. Así mismo, la plusvalía relativa, basada en la anterior, se logra mediante la productivización del trabajo, es decir, no descansa directamente sobre la explotación de la fuerza de trabajo en términos extensivos, sino intensivos, esto es, mediante la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario para el salario obrero y

1 | *La verdad de la democracia*, 2009. *After Fukushima*, 2014.

la extensión, dentro de una jornada laboral constante, del tiempo dedicado a la producción de plusvalor. En otras palabras, el paso desde la plusvalía absoluta a la relativa se entiende así: en el primer caso, un obrero que trabaja ocho horas y produce el valor de su salario en cuatro horas, destinará las cuatro restantes a la producción de plusvalor (que será apropiado por el capitalista); en el segundo caso, manteniendo la misma jornada laboral, el obrero demorará menos horas en producir el valor equivalente a su salario, destinando el resto del tiempo, ahora más eficientemente, a la producción de una cuota mayor de plusvalor. En términos más esquemáticos, en el primer caso, el plusvalor está fuertemente relacionado con la fuerza de trabajo como capital variable, en el segundo, con los medios de producción (y con la renta tecnológica) como capital fijo o constante, es decir, el paso de una plusvalía a la otra implica una transformación en la proporción entre capital variable y constante, esto es, un cambio en la composición orgánica del capital.

Para Marx entonces, la plusvalía relativa expresa relaciones ‘propiamente’ capitalistas, lo que marca el paso desde la subsunción formal a la subsunción real del trabajo al capital, cuestión que además se expresa en la misma cualificación del trabajo y en la variación flexible de la jornada laboral. De ahí que él insista en hablar de modo de producción ‘propiamente’ capitalista, plenamente desplegado, pues la plusvalía absoluta está asociada con la subsunción formal del trabajo al capital, esto es, con una diferencia todavía de forma entre el modo de producción capitalista y los modos de producción precapitalistas. En este sentido, la superexplotación de poblaciones no plenamente integradas al modo de producción ‘propiamente’ capitalista, y la expoliación en la fijación arbitraria de precios a las mercancías por parte de un capital financiero transnacional, no representan formas precapitalistas estancadas indefinidamente, ni defectos en la implementación o despliegue del modo de producción, sino efectos relativos a la *combinatoria* y *articulación* específica de relaciones de producción y formaciones económicas y sociales. A su vez, el paso desde la subsunción o subordinación formal a

la real no es ni teleológico ni automático, es decir, no impide una articulación flexible en el proceso de acumulación entre formas absolutas y relativas de extracción de plusvalía. La consecuencia central de todo esto es que la misma noción de modo de producción pierde su peso normativo, porque el llamado modo de producción ‘propiamente’ capitalista puede contener flexiblemente a todos los demás, haciendo que el relato progresista sobre los modos y su evolución se arruine, complejizando la misma secuencia historicista del marxismo convencional.²

En este sentido, el carácter flexible y global de los procesos de acumulación contemporáneos implica la universalización de la intercambiabilidad general en una abstracción que desborda incluso al dinero como medio de cambio (cuestión precipitada por el fin del Sistema Bretton Woods que usaba el oro como base para el intercambio financiero), haciendo efectiva la lógica del valor capitalista. Gracias a esta intercambiabilidad generalizada, ya no resultaría posible recurrir a las figuras consulares del Estado nacional o de la soberanía y su territorialidad, para marcar un límite a la actual circulación de mercancías. Esto es lo que llamamos el agotamiento ‘fáctico’ de la soberanía, respecto del cual intentamos pensar en su interrupción o arruinamiento, recurriendo a nociones tales como a-principialidad, desistencia, interrupción de la valoración, interregno, crisis de la epocalidad, anarquía, suspensión de la suspensión fáctica de la soberanía, etc.

En este intento por formular ‘la suspensión de la suspensión fáctica de la soberanía’, sin embargo, también debemos cuidarnos de no instituir un nuevo principio o un nuevo sujeto político o teórico, desde donde se pudiera elaborar la crítica como operación soberana de la razón, como juicio, tribunal o autoridad. De una u otra forma, la facticidad de esta articulación planetaria del nihilismo como equivalencia gene-

2 *El capital*, Libro I, Sección 5, capítulo XV: “Plusvalía absoluta y plusvalía relativa”, 2008. También, el capítulo VI (Inédito) de *El capital. Resultados del proceso inmediato de producción*, 1971.

realizada implica el debilitamiento del ejercicio de la crítica, de lo que Félix Duque ha llamado ‘la era de la crítica’, en atención a la época inaugurada por la crítica kantiana³, cuestión que hace difícil, sino directamente sospechoso, el intento de restituir o refundar la operación crítica tal cual se ha entendido moderna y universitariamente, como si nada hubiese pasado. Por supuesto, aquí está en juego lo que Willy Thayer ha venido desarrollando desde *La crisis no moderna de la universidad moderna* hasta su más reciente intervención, *Tecnologías de la crítica*, enfatizando que la copertenencia universitaria de la crítica y la crisis se encuentra ahora indefectiblemente debilitada.⁴ Dicho debilitamiento, que Reiner Schürmann⁵ caracteriza como un marchitamiento (*withering away*) de los principios constitutivos de la metafísica organizada epocalmente, también se expresaría al nivel de los procesos de acumulación y a través de la configuración de relaciones de poder inéditas para el contexto moderno. En tal caso, el debilitamiento de la crítica como tecnología universitaria co-incide también con un cierto descalabro tanto de la filosofía de la historia como de la geopolítica que organiza espacialmente a dicha filosofía, en el entendido de que toda filosofía de la historia moderna procede según una espacialización de la temporalidad, es decir, postula su geopolítica como imagen necesaria del mundo y de sus ordenes.

En otras palabras, el agotamiento del relato evolucionista de los modos de producción propulsado por la misma configuración flexible del intercambio ‘propiamente’ capitalista, pone en crisis no solo las nociones consulares del pensamiento moderno, tales como universidad, universalidad, crítica, soberanía, modo de producción, epocalidad, sino que se expresa como ‘crisis de predominancia’ o ‘imposibilidad de hegemo-

3 *La era de la crítica*, 1998.

4 *La crisis no moderna de la universidad moderna*, 1996. *Tecnologías de la crítica*, 2010.

5 *Heidegger on Being and Acting. From Principles to Anarchy*, 1987. *Broken Hegemonies*, 2003.

nía' en un mundo que ya no puede ser pensado según la organización principal del saber derivada del constitutivo conflicto universitario de las facultades. En este sentido, la desarticulación es otro nombre para lo que Schürmann llama 'hegemonías rotas'.

La cuestión de la catástrofe (1)

Como se ve, estamos ante un problema que no es ajeno a las discusiones sostenidas en Chile sobre las dimensiones del golpe de Estado y la transformación experimentada por la sociedad chilena a partir de entonces. Sin embargo, frente a todo relato superficial y progresista que ve en el golpe una intervención necesaria para recuperar la tradición republicana nacional o, simplemente, un breve paréntesis destinado a la recomposición del 'Estado en forma', paréntesis que daría paso, a través de una transición ejemplar, a una nueva etapa de desarrollo y modernidad, cabría preguntar por la misma lectura del golpe en tanto que desarticulación radical del relato historicista nacional, lectura inaugurada por Patricio Marchant.⁶ Al respecto Marchant comenta:

¿Cuáles son las consecuencias del “efecto total” “Chile”? Esto es, ¿cuál es, en qué consiste el deber del “intelectual” negativo chileno? Ciertamente en iniciar el comentario de la catástrofe nacional. ¿En qué consiste esa catástrofe y qué significa iniciar su comentario? En tanto todas las voces oficiales intentan negar la existencia de la catástrofe, la parálisis de la historia de Chile –su discurso: se trató solo de un suspenso, un poco largo, es verdad, pero solo de un suspenso de nuestra noble

⁶ En *Soberanías en suspenso*, 2013 (159-198), he desarrollado más sostenidamente la lectura del golpe de Patricio Marchant.